

HIC LEO XIII

PVLVIS EST

Allí el polvo; sus grandes hechos, en la historia; su doctrina, en el depósito de la tradición; su alma inmortal, en el seno de Dios.

Reforma ortográfica

Desde el presente número adoptamos la propuesta por la Real Academia Española en la última edición de su Gramática. Consiste en no marcar con acento o tilde la preposición *a* y las conjunciones *e*, *o*, *u*. Ya don Miguel Antonio Caro la había practicado en sus últimos escritos. Esta reforma es lógica: estas palabras son monosílabas, y no hay otras con qué pudieran confundirse. Conservaremos el acento sobre la conjunción *o* cuando vaya entre dos números, para que no se tome por un cero: 4 ó 5. Sin la tilde, podría leerse cuatrocientos cinco.

Un sudamericano

Con este rubro, y suscrito por don Carlos de Laet, hemos hallado en el número 225 del *Jornal do Brazil*, correspondiente al 13 de Agosto último, un interesante boceto biográfico que no hemos vacilado en traducir y dar a la estampa, con el objeto de hacerlo conocer de nuestros compatriotas, por tratarse en él de un eminente colombiano—casi desconocido entre nosotros,—y que, en sentir del autor, "*honraria qualquer país do mundo*," y también por los benévolos conceptos que encierra respecto de nuestra amada Colombia.

Dice así:

"Ignoro si en Santiago, Caracas, Quito o Santafé de Bogotá, son conocidos—a lo menos de nombre y por sus obras—algunos de nuestros hombres de letras y de cien-

cias. ¿Sabrán nuestros vecinos sudamericanos que José Bonifacio fue eximio naturalista? ¿Conocerán los servicios que prestaron á las ciencias Freire Allemao, Baptista Gaetano y Barbosa Rodríguez? Nada lo comprueba, y, por el contrario, afirmo con tristeza que, encaminados casi siempre a Europa y de vez en cuando a las regiones del Plata, singularmente nos mantenemos extraños al movimiento intelectual de Chile, Bolivia, Perú y de las tres repúblicas que en otro tiempo formaron la antigua Colombia, y que, por su propio interés, no debieran haberse separado nunca.

La prueba de esto último la tuve al conocer la vida y las obras de un ilustre sudamericano, de quien, con pena lo confieso, nunca había oído hablar ni leído una sola línea en nuestros diarios, siempre a caza de celebridades hasta de décimosexto orden, que es la magnitud en que las estrellas dejan de ser visibles.

Cerca de un mes hace que, cuando me encuentro con alguno de nuestros intelectuales, acostumbro preguntarle:

—¿Puede usted decirme quién fue EZEQUIEL URICOECHEA?

Y la infalible contestación es ésta:

—Uricoechea?

Ciertamente que es un distinguidísimo caballero que ahora representa entre nosotros la república de Colombia. No hay quien no le conozca en nuestro medio social y diplomático.

Pues no es del honorable Ministro de Colombia de quien pretendo hablaros, sino de otro de su familia, que larga y eficazmente trabajó en pro de las ciencias y adquirió en nuestros grandes centros europeos una notoriedad que no ha logrado difundirse entre nosotros los sudamericanos.

Habiendo encontrado en una REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, que se publica en Bogotá, curiosas noticias acerca de la personalidad en

cuestión, creo que no estarán por demás algunas líneas tendientes a demostrar cuánto descuidamos de ordinario conocernos unos a otros en esta América del Sur, fatalmente condenada a la conquista brutal del norteamericano, si en tiempo oportuno no se concentran las energías dispersas, las cuales, una vez reunidas, tendrán—en mi concepto—más que suficiente fuerza para mantener a raya cualesquiera conatos de absorción o de conquista que nos vengan de Europa o de la grande Unión del Norte.

Ezequiel Uricoechea nació en Bogotá en 1834 y descendía de preclaro abolengo. Su padre tomó parte en la guerra de independencia, y mereció el puesto de coronel en el sitio de Maracaibo. Su abuelo materno, don Fernando Rodríguez, fue regidor perpetuo y muchas veces alcalde de Santafé, y recibió el título de grande de España con que lo agració Fernando VII. Otro de sus mayores, don Francisco Antonio Moreno y Escandón, apellidado *el criollo más célebre de su tiempo*, fue el fundador de la biblioteca nacional de Bogotá, reformó el hospicio de la misma ciudad y murió estando de regente de Chile.

No degeneró de tan ilustre ascendencia el sabio colombiano. Realizados los primeros estudios en su tierra natal, fue enviado a los Estados Unidos, y allá, en la Universidad de Yale, en el estado de Connecticut, obtuvo el título de doctor en medicina. Era entonces muy joven, y comprendiendo tal vez que no basta un diploma para asegurar verdadera ciencia, partió para Alemania, y allá de tal modo se distinguió en la Universidad de Gottinga—donde sostuvo con brillo la tesis que le sirvió para obtener, por segunda vez, el título de doctor,—que el Barón de Humboldt, Rector de la Universidad de Berlín, solícitamente lo llamó para que regentase una cátedra de química, honroso ofrecimiento que Uricoechea no aceptó, deseoso como estaba de recorrer otros países y de regresar a su patria.

A ésta volvió en 1857, y luégo fue llamado a ocupar la cátedra de química y mineralogía en el Colegio Mayor de

Nuestra Señora del Rosario. (Este es, dicho sea entre paréntesis, un establecimiento literario y científico de primer orden, cuya existencia es secular, y en cuya lista de cateóricos figuran eminentes hombres de ciencias que sostienen la publicación de una interesantísima Revista, de la cual, no obstante—cuánto me pesa el decirlo,—muy pocos brasileiros han oído hablar....)

La consagración de Uricoechea a la enseñanza de las materias que, a la sazón, le eran predilectas, excedía a cuanto se puede imaginar. Bien lo comprueba el siguiente rasgo suyo: era una novedad en aquella época la identificación del diamante con el carbono puro y su combustión en una atmósfera de oxígeno. Uricoechea trataba de ese asunto, y quiso hacer la experiencia. Sin vacilar, desprendió de su anillo un costoso brillante y lo hizo arder en una campana llena de oxígeno, mostrando el más sincero regocijo por el buen éxito del experimento. Comparado con éste, desmerece el hecho de Cleopatra, consistente en diluir en vinagre su famosa perla, porque la seductora de Marco Antonio apenas reveló el maligno deseo de una prodigalidad ostentosa, y el sabio colombiano, la nobilísima aspiración de verificar una verdad científica y de propagarla.

Durante los diez años que permaneció en Colombia, no estuvo ocioso Uricoechea. Fundó una sociedad de naturalistas neogranadinos, que publicó una valiosa revista, interrumpida, en mala hora, por la guerra de 1860. Estudió a fondo las lenguas indígenas, y manifestó también para otra provincia científica—la *lingüística* y la *filología*—una actividad, que ya tan pasmosa se había exhibido en el campo de las ciencias físicas y naturales. No menos interés le mereció la arqueología americana, sobre la cual adquirió copiosa erudición en repetidos viajes que hizo al interior del país.

Su primera obra, *Antigüedades Neogranadinas*, fue publicada en Berlín en 1854; mas la gran contribución

que prestó Uricoechea á la geografía y á la historia de la América española, es la que imprimió en 1860 con el título de *Mapoteca Colombiana*, la cual comprende la bibliografía de todos los mapas, planos, vistas, etc., de la parte de América colonizada por España.

De la aplicación del eximio científico al estudio de las lenguas indígenas, existe la prueba en su *Colección lingüística americana*, donde figuran una gramática del idioma *chibcha* y otra del *goajiro*, esta última escrita en asocio del obispo Celedón.

Siguiendo el progreso que en Alemania, más que en otras partes, iban tomando las investigaciones glotológicas, publicó en 1872 un *Tratado fonético de la lengua castellana*, obra editada en Madrid, y que, en concepto de los doctos, desarrollaba ideas enteramente nuevas y abría vastos horizontes a los aficionados a esa clase de estudios.

Muchas obras del laborioso Uricoechea permanecen inéditas y, quién sabe, si perdidas del todo! Entre ellas figuran estas tres, importantísimas: *Viaje al Meta*, *Diccionario de Ciencias Naturales* y un tratado de *Meteorología*.

Hallándose en Bélgica, en 1878, cuando allí se creaba la cátedra de árabe en la Universidad de Bruselas, fue llamado a regentarla, honra verdaderamente insigne, cuando muchos y muy antiguos orientalistas aspiraban a ese puesto. Correspondiendo Uricoechea a esa distinción del Gobierno belga, publicó entonces la *Gramática Árabe de Gaspari*, que hoy sirve de texto para la enseñanza de árabe en varios países.

Como se ve, era infatigable el hijo de esas tierras sudamericanas, consideradas por algunos como asiento de mollicie intertropical, y genuino representante de esa raza latina que, sin el menor fundamento, se acostumbra pintar como en camino de irremediable decadencia. Uricoechea, como profesor de árabe en Bruselas, habría podido pasar allí una regalada existencia, teniendo a la mano ricas bibliotecas y otros manantiales de instrucción; empero,

esto no lo soportaba su ardiente sed de saber. Proyectó, por tanto, hacer un viaje á los desiertos asiáticos, donde personalmente (*in situ*) lograría empaparse en el idioma en que ya era maestro, pero que anhelaba poseer en todas sus particularidades y minucias. En Damasco, sin embargo, fue atacado por una enfermedad que los médicos en vano trataron de combatir, enviándolo a regiones más salubres. Desgraciadamente no le fueron favorables los aires serranos del Líbano; hiciéronle entonces bajar a Beyruth, y allí—tan lejos de su patria—murió a la edad de *cuarenta y seis años*, fructuosamente empleados en el cultivo de la ciencia y de las letras, en el concienzudo desempeño del magisterio y en la práctica de las virtudes, que hacen su nombre respetable para todos los hombres de inteligencia y de corazón.

Los funerales del ínclito colombiano fueron costeados por el Gobierno belga, pero no había en Beyruth uno solo de sus compatriotas, y aun creo que a su memoria le fue más grata la opinión europea que la de su patria....

La revista de la Universidad de Gottinga (*Gœttingische Goetherter Anzeigen*) publicó una sustanciosa necrología del ilustre finado, y de él también se ocuparon otros muchos periódicos del Viejo Mundo.

Había en Colombia, entre los retratos de los más insignes catedráticos del Colegio del Rosario, uno de Ezequiel Uricoechea, con sus vestiduras académicas, y, sin embargo, desapareció esa imagen del sabio que tanto ilustrara su tierra.... ¿Por qué? Discretamente se entrevé la causa de ello en una nota que puso la redacción de la citada revista a la biografía escrita por el señor Lleras Codazzi, de donde hemos tomado estos apuntes, nota que dice así:

‘Nosotros conocimos ese retrato en el Colegio antes de 1885. Cuando el actual Rector se posesionó de su cargo, el retrato había desaparecido. Cárguese al *debe* del *santo derecho de insurrección*.’ (Número de Marzo de 1909, página 109).

¡ Oh santo derecho de insurrección ! (1) Gracias a él, aquí en nuestro Brasil, en 1889, también profanaron los monumentos públicos, arrancándoles las insignias y símbolos imperiales ; fue él quien, en un arranque de entusiasmo—más grotesco que sincero,—arrebato de la Municipalidad el retrato de aquel Pedro II, a quien hoy la República le ha consagrado una estatua ; fue él quien, con visos de autocracia, arrojó de sus cátedras vitalicias a hombres como Rebouças, el barón de Loreto, el barón de Motta Mala y talvez otros más oscuros, pero no menos respetables en sus derechos conculcados. No nos alarguemos, con todo, en este capítulo de tristezas, que ya basta con lo dicho.

Al evocar en estas efímeras páginas la noble figura de un sudamericano *que honraria a cualquier país del mundo*, y al señalar nuestra culpable indiferencia en lo tocante a los países sudamericanos que nos rodean, he deseado rendir entusiasta homenaje a esa república de Colombia, que se me hace altamente simpática, por haber sido el primer país de la América Meridional atacado por las sórdidas, inicuas e insaciables codicias del norteamericano.... (1).

¡ Puedan éste y otros brotes de un diarista aislado contribuir á la formación de un espíritu sudamericano, que en todos los países de la América Latina sirva al ideal de una Patria Grande, de una vasta confederación de pueblos, unidos todos y opuestos a la invasión extranjera ! ”

GONZALO ARBELAEZ R.

Manizales, Noviembre 11 de 1911.

(1) “ *¡ O santo direito de insurreiçao !* ”

(1) “ *Pelas irriquietas, iniquas é insaciaveis cobiças do norte-americano....* ”